

Textos exposiciones

out-bloody-rageous, (CGAC, Santiago de Compostela, marzo-mayo de 2004), *Ubicarte*, mayo de 2004

Partiendo de escenarios ajenos a aquéllos con los que convencionalmente se identifica a Santiago, *Compostela* es una exposición articulada a partir de diez proyectos individuales de artistas que tienen en común el uso de la fotografía y el vídeo, así como un marcado interés por la reflexión sobre lo cotidiano. Diversos creadores (Montserrat Soto, Lars Arrhenius, Roland Fisher, Gabriele Basilisco, Humberto Rivas, Lorna Simpson, Rubén Ramos...) fueron invitados por Miguel Fernández-Cid, director del CGAC y comisario de la exposición, a vincular su proyecto, de modo explícito o implícito, a la ciudad y su historia. Así pues, más que una muestra colectiva al uso, se trata de una encrucijada de visiones personales sobre la ciudad y sus alrededores. También, por cierto, los alrededores del rostro, sus bordes de sombra. Algo, en definitiva, muy propio del camino, del caminante.

Los contenidos, por fuerza, son muy diversos. Lars Arrhenius (Estocolmo, 1966) realiza con ordenador una versión pictográfica de la cotidianidad. Su *The Street*, que tiene en el cine de J. Tati una de sus fuentes de inspiración, nos propone una red de relatos donde el sonido juega un papel importante, conduciéndonos durante 24 horas a través de la sociedad postindustrial. Beat Streuli (Altdorf, 1957) captura con su cámara de vídeo una furtiva presencia humana, desconocidos que confluyen, sin saberse observados, en un punto específico de la ciudad. Humberto Rivas (Buenos Aires, 1937) es el único de los artistas reunidos que se inspira en el entorno ofrecido por la arquitectura histórica, aportando una visión melancólica del conjunto pétreo que rodea a la catedral compostelana.

Nos detendremos en el trabajo de Montserrat Soto (Barcelona, 1961), que se recrea en una mirada cómplice, y a la vez "amoral", sobre nuestras tristes afueras. Son extrarradios que nadie contempla, como si fueran la tramoya o el entramado oculto de nuestros brillantes decorados. Con una voluntad un poco malévola, la mirada de Soto se detiene ahí, en ese sucio envés de nuestra opulencia.

Crea imágenes de escenarios paisajísticos industriales, compostelanos y de otras geografías. Soto nos entrega un paisaje vivo que crece e invade, que intenta sobrevivir y destruye. Una naturaleza lujuriosa, inundando los restos industriales y en secreta complicidad con las ruinas. Hay en estas fotografías la extraña armonía entre una naturaleza enigmáticamente serena y unas construcciones humanas abandonadas. Remolques amarillos esperan (¿a quién?) en páramos de silencio. Depósitos misteriosos entre misteriosos árboles, acequias vacías, las yerbas que crecen, las ramas cayendo sobre el óxido.

Podemos hallar varios registros en este *travelling*, también el de un romanticismo de las ruinas, los lugares abandonados, el avance de la maleza. Desde una cierta liturgia del desorden, la artista catalana descontextualiza nuestro orden, abriéndolo a un significado ambiguo, latente. Vista con este rasero, nuestra presencia en la tierra tiene algo de alienígena, se trasmuta en una metamorfosis un poco monstruosa. Pero no falta el guiño piadoso, como decíamos, y la ironía se amortigua en una ternura que mezcla lo peor con lo mejor.

Madrid, 14 de abril de 2004.